DOMINGO II DE ADVIENTO
COMENTARIO A LAS LECTURAS
P. JORGE PETERSON, OCSO

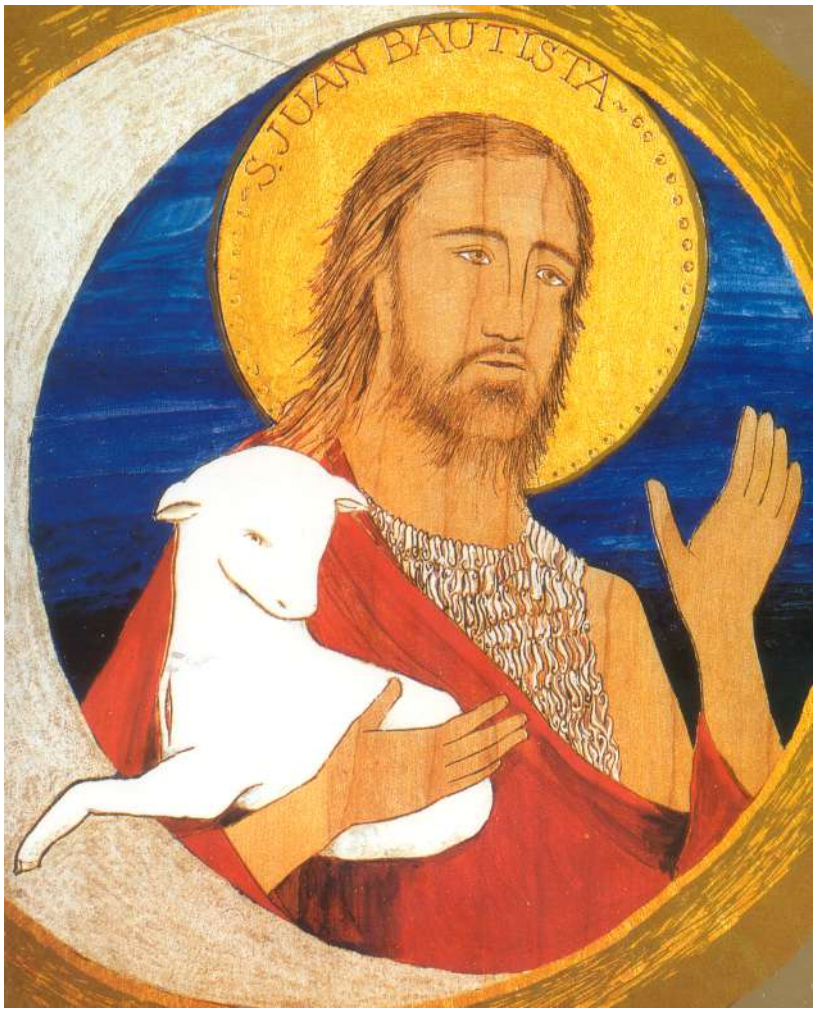

Imagen: San Juan Bautista, Monasterio de la Asunción

PRIMERA LECTURA: Is 40, 1-5, 9-11
SEGUNDA LECTURA: 2 Pe 3, 8-14
EVANGELIO: Mc 1, 1-8

"Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios." Este es el inicio solemne y gozoso del Evangelio de S. Marcos. Es algo nuevo, una muy buena noticia para todos: la aparición del Hijo del Padre, hecho hombre.

Abruptamente, aparece Juan Bautista con una llamada urgente de **preparar el camino** para recibir esta novedad que Dios está enviando, no solamente al pueblo elegido, sino a toda la humanidad;

sí, también, a nosotros mismo. Juan Bautista llamaba a todos a una conversión. Siempre necesitamos hacerle caso a esta llamada a la conversión. **Es continua, toda la vida**. Siempre estamos desafiados a acercarnos más a Jesús, conocerlo mejor, ser más consecuente a Él.

Jesús mismo repitió la misma llamada cuando empezó a manifestarse al pueblo. Después de su Bautismo y al volver del desierto, Jesús comenzó anunciar "se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios: **conviértanse y creen en el Evangelio**"; esta es la Buena Noticia que Dios está ofreciendo a su pueblo y a nosotros. La conversión es un **camino de FE**. Nuestra fe está fundamentada, en primer lugar, en Jesús mismo. Creemos que Él vino de parte de Dios; **es el ungido del Padre y el enviado**. Esto es lo que estamos celebrando en Navidad: El Hijo único del Padre se hace hombre y comenzó a vivir entre nosotros.

Mucha gente salió al desierto para escuchar a Juan Bautista, y ser bautizado por él. Necesitamos hacer tiempo en la rutina diaria para profundizar lo que Dios nos está ofreciendo: o hacer ratos de silencio, de recogimiento personal, de estar diariamente con Jesús manifestado en los Evangelios. La conversión que necesitamos es un cambio para mirar la vida humana como Dios la ve. Es mirar a Jesús y aprender de Él cómo ser hijos e hijas de Dios.

En primer lugar, debemos contemplar cómo Jesús se relacionaba con el Padre. Siempre era el Hijo, enviado por el Padre y dependiendo de Él. Dijo que enseñaba lo que había aprendido del Padre. "Mi doctrina no es mía, sino del Padre que me envió."

También siempre hizo "lo que al Padre le agradaba". Jesús nos enseña a ser "hijos", a desarrollar esta relación filial, inaugurada en nuestro bautismo. Siempre somos hijo de Dios en EL HIJO, JESÚS.

La relación de Jesús con su madre, María, encierre un gran misterio. Podemos intuir una cercanía, una comunión profunda de vida y amor en esta relación mutua. Ella vivía en íntima unión con Él en su misión de salvación. Ella era siempre su Madre y, al mismo tiempo, su discípula. Observaba todo; a menudo no comprendía el por qué de lo que pasaba. Pero "meditaba todo en su corazón". Vivía aprendiendo el misterio encerrado en su Hijo. ¿No es ella el modelo de toda vida cristiana? Nos enseña a vivir los misterios de Jesús durante nuestras vidas. Como todos los bautizados, su vida de fe era la puerta de su participación en los misterios de su Hijo, Jesús; su cooperación para el bien de toda la Iglesia de todos los tiempos.

Los apóstoles empezaron de cero. Percibían una atracción a Jesús; Él los miró; esta mirada los atraía a su persona. Jesús era muy diferente que los otros maestros religiosos de su pueblo. Mucho más original, personal, cercano, comprensivo y positivo. El Dios que mostró era Padre, el que creó los lirios del campo y las aves del cielo. Era misericordioso con el hijo pródigo. También amaba su hijo mayor y se esforzó para que él entrara en el banquete de su hermano. Defendía a la mujer conocida como pecadora y la que fue pillado en adulterio. Intentó enseñar y ganar a los fariseos, etc. No se escondió la noche en que fue entregado a la muerte, sino que aceptó **voluntariamente** por amor a su Padre y a toda las humanidad morir en la Cruz, una muerte de criminal. Los apóstoles eran hombres sencillos, con sus grandes limitaciones: impulsivos, con sus prejuicios y temores, bastante como nosotros. Jesús los amaba; los eligió personalmente. Aun intentó ganar a Judas.

Con la experiencia de Pentecostés estos hombres fueron transformados por el Espíritu Santo. Este mismo camino es el de todos los cristianos de todos los tiempos. Es un camino de conversión; dejémonos ser cautivados y transformados por Jesús.

Padre Jorge Peterson, monje trapense
del Monasterio de Santa María de Miraflores, Rancagua, Chile